

Precisiones

Mi primer encuentro con Drut fue hace ya unos años. En ese momento compartíamos la redacción del diario Clarín, yo como cadete y él como fotógrafo de policiales. No, miento. Fue en una banda en la que tocábamos juntos, allá en los ochentas. Él tocaba la pandereta disfrazado de mujer y yo, que era pelado en ese entonces, tocaba el saxo alto (todos me decían que bajara un poco el volumen). No, no. Creo que fue una vez en una fiesta, que los dos nos queríamos garchar a Cecilia Roth y al final se la llevó Fito. No, no, perdón. Ahora sí que me acuerdo. Fue un verano en San Clemente. Yo salía a nadar a la mañana temprano con los bañeros y él era uno de los bañeros. ¿O era novio de alguno de los bañeros? No me acuerdo. Igual no importa eso, porque no fue ahí que lo conocí. Me parece que en el secundario. Yo iba al Normal número cinco de Coghlan y él iba a la ENET número tres de Acasuso. Todos los jueves les hacíamos partido a los mierdas esos y les ganábamos martes tras Martes. Él jugaba de catorce un poco retrasado y yo era un cuarenta mas bien tirado para la izquierda. No, eso no. Él atajaba y yo era el aguatero del equipo. ¿O era al revés? No, nada, pero nada que ver. En realidad yo tenía una peluquería en Banfield y él venía los sábados a retocarse la cresta punk. Me pedía que le dejara los pelos bien en punta...eso, en punta. Él tenía una librería y yo le llevaba día por medio unos lápices Faber Castell a que les sacara punta. No, ahora lo recuerdo. Fue él el que me vendió los lápices, pero no tenía una librería. Él hacía viajes a Uruguayana y traía esas cosas de contrabando. Perdón, no es así. Yo vendía cosas de contrabando y él era policía en Paso de los Libres y un día me dejó preso por querer cruzar de Brasil con un mono tití. Le pusimos Fernández al mono (lo pudimos pasar después de darle plata a Drut y a su compañero, Garmendía). ¿O Garmendía era Drut y Drut era Garmendía? A ver, el de bigotes, seguro que no es Drut. El es de poco cabello. Bah, si a eso se lo puede llamar cabello.

En resumen, detalles más, detalles menos, así fue que lo conocí a Drut.

Mariano QUINTERO

El mendigo

Llevaban ya un buen rato acodados en el mostrador con las piernas colgando de las banquetas como cabos sueltos. Los acercaba una mínima e intrigante distancia.

De ropajes raídos, ojos apagados y barba gris, el hombre junto a Germán quiso iniciar una conversación y lanzó una pregunta, así, de la nada. Sabía que no iba a ser sencillo plantearle su asunto, pero ni bien empezó a hablar sintió una ligereza y confió en ella. El encuentro, según él, nada tenía de casual.

Germán apartó el diario y se quedó mirándolo. Todo lo que el otro acababa de decirle, porque después de la pregunta dijo unas cuantas cosas, comenzó a reproducirse automáticamente, minuto tras minuto, tramo por tramo, en contra de toda voluntad. Y aunque se propusiera desanudar alguna parte del relato o se esmerase en recortar alguna cosa, relevante o no, para ver si desde allí lograba salir del monótono discurso, todo esfuerzo lo llevaba a una renovada imposibilidad de decir algo que no hubiese dicho ya. Una y otra vez se oía decir lo mismo, una oración idéntica a la otra apenas separadas por un respiro. Quería volver el tiempo atrás, él mismo volver atrás, hacia el lugar del que venía, caminando como Michael Jackson y empezar de nuevo, pero todo se repetía tal cual, es decir, que ya fuera en su cabeza como situación imaginaria o en lo que decía realmente, en vez de generar algo distinto regresaba al punto en el que estaba y esas palabras se multiplicaban como un eco, y otro eco de ese eco. Una frase engendraba otra frase gemela. Y ésa misma, otras iguales.

Germán se tocó la cabeza, o se llevó la mano a la boca, hizo un gesto de interrogación con las cejas y trató de responder buscando algo en el bolsillo. Tome, le dijo, y le extendió un montón impreciso de piedritas azules a modo de limosna. El hombre, entre complacido y horrorizado, se las tragó de un solo bocado y dejó de hablar. Bajó al piso de un salto suave y a la vez pesado, se encaminó hacia la puerta del bar como si fuera el camino, pero en verdad no lo veía. Fue un millón de veces hacia la salida y todavía hoy, en este mismo momento, sigue intentando irse.

Nora MARTINEZ

Venganza de mujer

Abrumada como pocas veces la había visto, Betty entró a la Biblioteca hace un par de semanas y se desplomó, sin ningún tipo de compostura, en uno de los silloncitos que recibimos en la última donación y que desde entonces sirven de descanso a los socios más remolones. Conciente del efecto desolador que esa actitud había provocado en el referencista, Betty, lejos de componerse, acentuó el dramatismo de la escena pidiendo a gritos un té de hierbas.

Mientras yo misma le alcanzaba la infusión sanadora, una de las socias más atentas le tomó el pulso y empezó a darle aire con una edición repujada en cuero del *Martín Fierro*. En medio de tan dificultosa tarea, conseguimos también que el referencista se retirara a su oficinita del fondo, con el evidente objetivo de achicar la cantidad de público y empezar a devalar el enigma de la angustia que aquejaba a mi compañera.

Un rato después, sacudiéndose el polvo que le había caído por el revoleo de nuestro poema épico nacional, Betty pudo balbucear la explicación que nos dejó boquiabiertas e indignadas. Desde hace unos tres años, y cada vez con mayor crueldad, venía siendo sometida a una serie de cobardes vejámenes cuya autora material –un rato antes lo había descubierto- era una vecina de lo más amable que se hacía llamar Norita y cuyo apellido, hasta donde había podido averiguar, era Martinet o Marquínés. La mujer, a instancias de un tal Quintero, a quien alguna vez Betty le había negado un vermouht, era la responsable de varios anónimos que habían adornado el ascensor del edificio de mi compañera, acusándola de inmoral, fiestera y las más de las veces, inculta, faltadora, irresponsable y vegetariana.

Más allá de la inutilidad de nuestros reclamos para que nos contara de qué manera había descubierto las identidades (o al menos los alias) de la vecina y de su cómplice, así como el departamento que habitaban, Betty fue recuperando la compostura y se terminó el tecito en perfecto estado de salud. Hace unos días que se la ve pegada a la máquina de escribir que ya nadie usa, sacando del carretel y estrujando con furia las hojas que luego arroja al piso y que ya son incontables. La escuchamos susurrar de vez en cuando barbaridades de todo tenor, que van desde “gusanos palmípedos” a “tilingos boquiflojos” y nos ha prometido, sin que le preguntemos cosa alguna, la peor de las venganzas, una vez que pueda redactar el texto preciso y comprar un pegamento que sea incorruptible.

María Martha GIGENA

Grandes entrevistas de la Literatura (1) María Martha Gigena: Perífrasis, prefiguración y whisky de importación.

La barra del bar irlandés en donde me ha citado está casi desierta. Son las dos de la madrugada de un viernes y apenas tres o cuatro parroquianos resisten delante de sus respectivas copas a medio beber. Afuera, en los bares aledaños, bulle la algarabía y el desenfreno. Pero en este reducto del barrio al que llaman “el Bajo”, en los márgenes de esta mítica París austral conocida como Buenos Aires, la tranquilidad es crispante.

“A Liam le gusta así”, me dice MM apenas me siento en uno de los taburetes. Y una mirada basta para confirmar que, en efecto, el hosco barman recibe con desconfianza a cualquier visitante que no sea habitué del lugar. Tanto más si el inoportuno intruso porta acento castizo, como un servidor. Está claro que el hombre preferiría con mucho que me fuese a tomar por culo.

–No la hagamos muy larga gallego –me dice MM, mientras apura su sexto vaso doble de Jack Daniel's con la ligereza de quien se zampa un módico chupito.

P: Acabas de recibir un premio de la prestigiosa *Rita Hayworth Science & Literary Foundation*, ¿Cómo te sienta eso?

MM: Es un premio berreta inventado por minas, para minas que escriben cosas de minas. No le doy mucha bola'.

P: Ya... Pero sin embargo han premiado las increíbles ventas de tu último libro *“Betty y la anadiplosis de fuego”*, traducido a dieciséis idiomas y que sólo en España ha vendido más de dos millones de ejemplares...

'No dar bola: Del porteño “no dar bolilla”. No prestarle atención a alguna cosa o a alguna persona. Corresponde más o menos al “me la trae floja” español. 'Pepa: De “pastilla”. Apodo característico del argot porteño para designar al ácido LSD u otra droga alucinógena de diseño. No confundir con las pilulas o las papelinas españolas.

Mar de Sondon

El más popular y famoso de los personajes de Mariano Quintero, Washington Sondon, ya cuenta con plazoleta propia en las calles de MDS. El homenaje al célebre físico y escritor fue organizado por la Fundación Boy Olmi y el Municipio de Miramar.

“Estoy muy emocionado y tan abrumado que no se qué decir. Claro, siempre me costó hablar, por eso me dediqué a la física. Igual hay mucha gente que no sabe qué decir y lo mismo escribe en *Odradek* desde hace tres años”, disparó Quintero, mientras cerraba el acto de inauguración de la plazoleta

La plazoleta Sondon quedó emplazada en la esquina de 100 y 25, a pocos metros del antiguo hotel y del lugar donde Quintero pasó su adolescencia jugando ajedrez, haciendo fogones y organizando torneos de vóley playero. “Esa heterodoxia de vida fue lo que hizo que Marianito sea quien hoy es”, dijo emocionada B., la bibliotecaria que vio nacer el talento literario de Quintero a comienzos de los '80 en la sala de lectura silenciosa de este pueblo balneario.

Roberto Gárriz, director en las sombras de la publicación *Odradek*, destacó que “Quintero es una síntesis de cariño, trayectoria de una persona digna. Es de esos personajes que nos dicen que somos mejores que la vida que llevamos. Mirándonos en su ejemplo podemos ser un poco mejores todos, como ciudadanos y como sociedad”. Al cierre del acto, se repartieron ejemplares gratuitos de la revista que este mes celebra su tercer año de vida.

Vanesa PAFUNDO

MM: Mirá gaita –comienza, con ese seductor acento porteño y, mientras, hace señas al venerable Liam, quien va a por la botella de Jack Daniel's una vez más –lo de Betty fue medio de pedo. El personaje se me ocurrió una noche en que trataba de escribir mi tesis sobre Gómez Bolaños y no me salía un carajo. Harta de la academia tiré todo a la mierda, me tomé una pepa’ y acá estamos.

P: De seguro tus antiguos profesores estarán orgullosos de tu desempeño...

MM: ¡No me hablés de esa manga de mamavergas! -se altera MM, mientras le atiza con un plato de papas fritas a una camarera que sin querer la roza al pasar –A todos esos que me rechazaron los trabajos y me rompían las pelotas porque faltaba a las clases de doctorado yo les digo: isóbenla pajeros! ¡A Betty no se la ponen!

Intento continuar la entrevista, pero Liam estalla en carcajadas junto con MM y los dos o tres parroquianos que han seguido la charla con atención. Uno de ellos cae de su butacón. MM le vacía el resto de su copa en la cabeza y este cronista tiene la impresión de que la noche no ha hecho más que empezar.

Sin llamar la atención me escabullo hacia la puerta intentando recordar el camino de regreso a mi hotel, con la clara sensación de que la verdadera literatura latinoamericana actual está hecha con noches como ésta.

Adrián DRUT

Los autores

Durante casi tres años, tres exactamente en el próximo septiembre, en forma sostenida, la revista Odradek ha mantenido su caracter incontaminado de avaricia, y sigue siendo gratuita.

El esfuerzo emocional de llevar adelante un proyecto de naturaleza literaria es invisible, porque aunque todos hablan del poco apoyo que hay con la cultura en general, y con la literatura en particular, lo cierto es que los mismos que esgrimen ese discurso son los que menos hacen para aportar.

Hay actividades que son silenciosas, constantes y desinteresadas; los proyectos literarios tienen algo de esa sustancia que convive en los contornos de una postergación que se hace infinita; no parecen coexistir con las épocas, se establecen como propuestas aisladas y siguen en pie por la voluntad de los que participan.

En este día, preferí hablar de la hidalguía con que la revista Odradek sostiene el espíritu con que se inició, y con el mismo compromiso por parte de un staff de escritores que mantiene la expectativa en los lectores y en ninguna otra forma de especulación, tan común en los tiempos que corren; nos ceden un poquito, cada mes, de la médula de sus imaginarios.

Hoy les doy un gracias a todos, sin hablar de ningún texto, hoy escribo de los autores, del afán con que sostienen el ideal en el que se ha convertido la revista Odradek, una revista para leer, no para comprar.

Mis respeto a ustedes, Odradekes, que son un ejemplo de diálogo permanente con lo literario, y con la profesión más vieja del mundo: el contador de historias.

Ana ABREGÜ.

Un gordo de bigotes

El célebre doctor en letras, crítico literario, psicodramaturgo y astrólogo Erboero R. Frot sostiene que, con cierto entrenamiento en la lectura, se pueden conocer algunos aspectos de los escritores. El procedimiento es fácil: hay que abrir el libro (o la revista), seguir la letra impresa hasta la pluma (o la máquina de escribir o la computadora), allí subir por la mano hasta quedar frente a frente con el que escribió lo que se está leyendo. Mírelo a los ojos y sepa cómo es, cómo piensa, cómo se le ocurrió escribir eso.

Puede fallar, se ataja Frot. Y pone como ejemplo la vez que le llevaron unos textos presuntamente firmados por Yanina Bouche y dijo que el escritor era un gordo de bigotes que se come las eses cuando cita a William Shakespeare o se come las tes cuando nombra a Ludwig Wittgenstein. También aseguró que Bouche era una viejita debilucha que llevaría a Einstein y a Beethoven a cortarse el pelo a un coiffeur de seccional. Puede ser una profesional diligente y ama de casa ocasional, o una de las nuestras, o un paracaidista demasiado confiado, puede ser, dijo. Y concluyó que, por supuesto, no todo eso ni mucho menos. Se trata simplemente, dijo, de un personaje de ficción que se han creado para revolucionar el mundillo literario.

La buscó sin éxito entre los integrantes de la OuLiPo (*Ouvroir de Littérature Potentielle*, Taller de literatura potencial, grupo de escritores al que pertenecían Georges Perec, Italo Calvino, Raymond Queneau y el matemático francés Francois de Lionnais, entre otros).

Luego creyó posible encontrar a Bouche en aquella “sociedad secreta sin precedentes en la historia del arte” que describe Enrique Vila-Matas en su *Historia abreviada de la literatura portátil*, cuyos requisitos eran:

*También
aseguró que
Bouche era una
viejita debilucha
que llevaría a
Einstein y a
Beethoven a
cortarse el pelo a
un coiffeur de
seccional.*

“Aparte de exigirse un alto grado de locura, quedaron fijados los otros dos requisitos indispensables para pertenecer a esa sociedad: junto a que la obra de uno no fuera pesada y cupiera fácilmente en un maletín, la otra condición indispensable sería la de funcionar como una máquina soltera.”

“Aunque no indispensables, se recomendaba también poseer ciertos rasgos que eran considerados como típicamente shandys (*): espíritu innovador, sexualidad extrema, ausencia de grandes propósitos, nomadismo infatigable, tensa convivencia con la figura del doble, simpatía por la negritud, cultivar el arte de la insolencia.”

“(*) Shandy en el dialecto de algunas zonas del condado de Yorkshire (donde Laurence Sterne, el autor de *Tristram Shandy*, vivió gran parte de su vida), significa indistintamente alegre, voluble y chiflado.”

Siempre según Vila-Matas: “Formaron parte de la sociedad secreta de los portátiles, más conocida como la conspiración shandy: Walter Benjamín, Marcel Duchamp, Pola Negri, Valery Larbaud, Georgia O’Keefe, Sabino, Witold Gombrowicz, Federico García Lorca y Scott Fitzgerald.”

Tampoco se la mencionaba a Bouche, (acaso incluirla con su verdadero nombre en una lista es como pegarle un tiro en la frente) lo que reforzó las certezas de Frot:

“Si Bouche es la más Oulipiana de los escritores y la más alta representante de la sociedad secreta de los portátiles sin que su nombre figure entre ellos, se confirma que los mencionados no son otra cosa que testafierros de, siempre que exista, Yanina Bouche.”

Lo que confirma que el fenómeno Bouche, es mucho más importante de lo que pensábamos y tendrá repercusiones inimaginables.

Roberto GÁRRIZ

Domingo y lunes

En “Reivindicación de Mansilla o De la parole avant tout chose”, publicado en el primer número de Odradek, Vanesa Pafundo declara un programa: “Lo importante, señores, es no perder el entrenamiento en el decir. Digo, entonces, que esta es la razón por la que escribo”. El texto continúa con la descripción de cómo se cuelgan las revistas en los kioscos los días martes. Pafundo se pregunta si hay algo nuevo para decir todos los martes y luego asegura hacerse esa pregunta con “más insistencia los días subsiguientes hasta llegar al sábado, cuando ya no pienso en nada”. Esa declaración, claro, deja vacantes los domingos y los lunes, días aciagos donde los haya.

La sensación que recorre los textos de Pafundo es que la escritura es un proceso autónomo (un virus, señalaría Burroughs) cuyo objeto no es comunicar nada, sino solamente escribirse. Entidad autotélica, la escritura es para Pafundo un objeto blanco y enrarecido: todo lo que dice un texto debe ser pensado como opaco y, a la vez, como signifiante en función de sí mismo. Ahí están para probarlo la serie de textos que escribió en los últimos números de *Odradek* sobre MDS: a nadie puede sorprenderle que cuando Pafundo elige contar una historia (las pocas veces que elige contar una historia) su formato sea el de una investigación. Esa investigación es también la forma de su escritura. En “Azar” (en el número 24) todo el texto se presenta como la sorpresa de estar escribiendo sin saber sobre qué: “Azar” se despliega como un texto que busca un sentido que parece estar siempre escapándose.

Y las vacilaciones, los meandros y los recovecos no son infrecuentes en los textos de Pafundo: casi todas sus colaboraciones están armadas para una serie de reflexiones que encierran abruptamente un final. Como si de golpe, como una epifanía, llegara una idea y una clausura que, justamente por presentarse abruptamente, fuera sólo provisoria, producto del proceso mismo de escribir. Uno se pregunta entonces quién puede escribir así, cómo es posible que se comience a escribir sin saber qué se va a desarrollar en el texto.

Ya lo dijo Pafundo: escribir es un entrenamiento del decir y entonces todo texto es un entrenamiento y nunca contiene palabras definitivas. Esa condición tentativa de la escritura requiere de una especie de vaciamiento de quien escribe. De ahí proviene el aparente oxímoron de “Reivindicación de Mansilla”: es necesario preguntarse, de martes a viernes, para el sábado ya no pensar más. Y entonces, parece, poder sentarse a escribir y entregarse a la imprevisibilidad de lo que se escribe.

En esa entrega (que no es ajena, aunque no lo parezca, a los textos de Bouche, Gárriz y Quintero por citar sólo algunos otros colaboradores) se cifra lo mejor de esta revista. Pafundo lo declara abiertamente y en este sentido sus textos señalan la poética que, me parece, guía este conjunto anarquista que solemos llamar *Odradek*.

Ezequiel DE ROSSO

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice y se levanta el narrador que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Roberto Gárriz y el enigma del líder

Cuando, hace algunos años, la editorial De la Flor descubrió en Roberto Gárriz a un narrador irónico, con una prosa refinada, nadie hubiese adivinado al futuro indagador de los enigmas del liderazgo.

Las tetas de Perón se presenta con la máscara de la liviandad pero entrelíneas podemos leer la angustia que provoca el enigma, la oscura pregunta suscitada por el líder con sus atributos maternos que parecen prometer la tibia saciedad de un pueblo unido a su figura por lazos invisibles, por redes que son el rizoma de la Patria. Por algo Eduardo Mallea, mucho antes que Deleuze y Guattari, recurrió a la metáfora del rizoma para presentificar en el lenguaje la argentina invisible. Fue en el año 1937, por eso el líder no aparece en sus elucubraciones.

Pero a diferencia de Eduardo Mallea, el joven Roberto Gárriz escribe después de la muerte de Perón y esas tetas que lo interrogan siguen, como las de la santa difunta, siendo el privilegio no sólo de los niños, porque están a disposición de un pueblo.

Para muchos será fácil responderle a Roberto Gárriz que se trata de palabras, que al querer develar puede ofender, que no existe ningún enigma. Como si previera esta objeción el libro no oculta lo que propone, como tampoco se oculta en lo que pone. Dice lo que dice. Es verdad que algunos críticos leyeron el libro como una variación de *Las tetas de Tiresias*, la escandalosa obra estrenada en 1917 por Guillaume Apollinaire en París. Allí una mujer, Teresa, se convierte en Tiresias (El oráculo de Tebas que

fue alternativamente hombre y mujer) para luchar por la igualdad, lucha que parece anticipar la del propio Justicialismo. Sin embargo, son contextos y épocas muy diferentes aunque el oráculo de Tebas pueda relacionarse con la clarividencia de nuestro líder, el General Perón.

Una diferencia sin atenuante: Teresa es antimilitarista mientras que nuestro líder exigió que se le devolvieran sus atributos militares y asumió su último gobierno con las insignias correspondientes.

Fue y sigue siendo el General Perón, lo que vuelve a dejarnos frente al enigma que presentifica su función andrógina, capaz de funcionar como padre y como madre, como bien lo muestra la obra de Daniel Santoro al transformar en imágenes ese pasado donde una utopía pareció realizarse y desaparecer antes de que los beneficiados se dieran cuenta de lo que habían vivido.

“Yo, Tiresias, viejo de tetas arrugadas/ví la escena y predije el resto”, dice Eliot en su poema Tierra baldía. Esa fue, también, la escena que vio Perón al retornar. Y el resto lo predijo porque traía el dibujo de ese futuro. Los hijos de aquellos que había saciado, saciados a su vez en el recuerdo, parecían querer adivinar al adivino, parecían querer realizar sus propios oráculos. Eso no ocurriría, como lo muestra *Las tetas de Perón*, el libro en donde el joven Roberto Gárriz logró describir en una epifanía personal el futuro de una comunidad.

Germán GARCIA

Una idea clara

Era una clase de literatura como cualquiera de las cientos de miles que ya había dictado. Esta vez el tema era algo vinculado a la poesía, los toros y vaya a saber qué, no importa, pero de alguna manera un alumno terminó hablando del chileno Roberto Bolaño. “Bla, bla, bla, bla”, dijo y cerró la idea: “Es indiscutible la influencia que ha tenido sobre la nueva literatura hispanoamericana, pero no podemos decir lo mismo del infrarrealismo como corriente en sí”. Él, Ezequiel De Rosso, sabía perfectamente que sabía perfectamente qué debía decir, le venían a la cabeza palabras, pero demasiado deshilvanadas como para pronunciarlas en público, al menos ante ese público que esperaba de su parte -como siempre- alguna genialidad, algo que 'llevarse', conocimiento, bah. De repente Ezequiel se sintió intimidado. ¿Qué quería ese flaco? No había hecho, a ciencia cierta, una pregunta, pero esperaba una respuesta de él, una GRAN respuesta que él, el profesor, no sabía si no quería o no podía darle. La cosa es que no le salía nada, estaba con la mente en blanco, peor que en blanco, sin mente

estaba. Se tomó un tiempo que fue evaluado por la audiencia como el prólogo de una conclusión inolvidable. Los alumnos tiraron el cuerpo hacia adelante y se corrieron los pelos de la cara, abrieron los ojos para escuchar la frase del día, esa que siempre, sobre el cierre de la clase, tiraba De Rosso y los dejaba de una pieza, discutiendo en el colectivo, en la calle, camino a casa. Pero esperaban mal. Ezequiel miró fijo al de la “no pregunta”, se le acercó lentamente, le acomodó el cuello de la chomba y le susurró sin bronca, sin pena, sin nada de nada: “Andate a la concha de tu madre”. Aunque apenas murmurado, el insulto llegó a oídos de los 25 alumnos, tal era el silencio que se había armado. El profesor salió, tranquilo, sin decir ni “lean esto”. Dicen que los alumnos se quedaron allí, tiesos y callados, unas cuantas horas y que tuvieron que sacarlos a la fuerza, policía mediante. Algunos no se recuperaron nunca más del extraño suceso. Pero a nadie le importan los alumnos, y menos a este De Rosso alocado, que esa noche comprendió que tenía que cambiar su vida. Fue caminando hasta su casa. La

bajísima temperatura le pareció oportuna para pensar, pero tenía una sola idea clara, clarísima, y que no pasaba exactamente por Bolaño, sino por sí mismo. Para cuando metió la llave en la puerta de su departamento ya no tenía ninguna duda. Mónica -dijo- quiero ser empleado administrativo.

.....

Tenía un solo traje, negro, de solapas anchas, que le había quedado de un casamiento de un familiar de un año que ya ni recordaba. Era dos o tres talles más chico de lo que hubiera correspondido, pero no le importó y abrochó bien abrochado el saco. El pantalón, un tanto ancho abajo, tampoco le cerraba, pero le puso al botón una bandita elástica que pasó por el ojal y listo. Se peinó con un gel, se afeitó a la perfección y remató el atuendo con una corbata amarilla. Le dio un beso a Mónica y salió a la calle con el diario bajo el brazo. Por tener 'redacción propia', rápido consiguió emplearse en una oficina. El primer día de trabajo, entró orgulloso y dijo: “Traje equipo de mate”.

Yanina BOUCHE